RUBÉN CALDERÓN BOUCHET (1918-2012)

Un recuerdo agradecido

Dr. Carlos Ignacio Massini Correas

Conocí a Calderón Bouchet en la década de los '60 escuchándolo en conferencias y clases organizadas por algunos grupos católicos y siempre me llamó la atención la precisión y vastedad de sus conocimientos, su capacidad para exponer con claridad y fineza de estilo - era un incomparable narrador - y la profunda convicción que trasmitía cada vez que hablaba. Tenía buen timbre de voz, una gestualidad elegante - resaltada por su gran estatura - y sabía ser no sólo profundo sino también divertido, introduciendo en el discurso anécdotas e ironías especialmente oportunas. También leí muchos de sus artículos, la mayoría de ellos críticos de la situación nacional, mundial y cultural, en los que evidenciaba una agudeza y sentido del humor notables, así como unas dotes literarias realmente de excepción.

Después seguí viéndolo en su casa, donde me recibía muy cordialmente y donde me encontré varias veces con el Padre Domingo Renaudière de Paulis O.P., interesante filósofo y notable poeta, quien a veces visitaba a Calderón en su casa, que quedaba muy cerca del convento de Santo Domingo. También visitaba a Rubén el historiador monárquico francés Alberto Falcionelli, quien no sólo era un venero de sabiduría, sino un conversador y dialéctico sensacional, lleno de ironías y chistes inteligentes. La esposa de Calderón, Blanca Robello, una mujer linda y encantadora con la que formó un matrimonio admirable de muchas décadas, nos atendía con afecto, simpatía y fineza.

Calderón no sólo conversaba conmigo de temas filosóficos, religiosos y políticos, sino que me recomendaba lecturas - que después comentábamos - y me prestaba libros, cosa bastante inusual en un intelectual. En ese tiempo, entre mis 18 y 25 años, seguí yendo a sus conferencias, cursé con él un seminario sobre el pensamiento de Juan Donoso Cortés, y asistí como estudiante vocacional a sus clases de Filosofía del Derecho, que dio en la Universidad de Mendoza reemplazando a Benigno Martínez Vázquez, también notable profesor, quien había sido designado en la Suprema Corte de Mendoza. Además, yo estaba entonces de novio con María Cecilia Pontis, con quien me casé hace más de cuarenta y un años, que era entonces su alumna en la Facultad

de Ciencias Políticas y también admiraba sus enseñanzas, por lo que me acompañaba a las conferencias y cursos de Calderón.
Pero cuando más me impactó su docencia y pude sacarle más provecho, fue durante un curso de Doctorado que dictó en la Universidad de Mendoza, en el que durante el año lectivo de 1972, todos los sábados a la mañana, nos explicó, a los doctorandos que habíamos optado por la filosofía, toda la historia de la filosofía política occidental.
Realmente fue un curso extraordinario, en el que aprendí más que en toda una carrera y sobre todo pude comprobar lo que significa saber en su sentido más estricto y con el rigor y la sistematicidad de un auténtico pensador. Y esto en razón de que, aunque Calderón hablara de un autor determinado, lo repensaba por su cuenta y lo exponía con una perspectiva siempre nueva y sugerente. Rubén publicó después el contenido de este y otros cursos similares en varios tomos que desarrollan con acribia y elegancia la historia del pensamiento práctico de Occidente.
Como resultado de este curso, pude escribir bajo la dirección de Calderón mi primer artículo científico, referido al concepto de derecho en Francisco Suárez, que publiqué en una ignota revista de San Juan. También hice bajo su dirección efectiva - el director formal era otro - mi primer tesis doctoral, sobre la concepción marxista de¡ derecho, tanto en el mismo Marx como en algunos de sus seguidores y continuadores. Rubén no sólo me dirigió magistralmente, prestándome nuevamente libros importantes sobre el tema, sino que también estuvo en el tribunal de tesis que la juzgó benévolamente.
Ya aprobada la tesis doctoral, me introduje en la docencia universitaria, donde seguí bajo la sombra de Rubén, quien era titular interino de la cátedra de Filosofía Jurídica a la que me adscribí en primera instancia. En ese carácter, dirigió mis dos trabajos de adscripción y evaluó mi clase "magistral", con la que se concluía la mencionada adscripción, y que posibilitó ni¡ nombramiento como Ayudante Diplomado - el grado inferior de la jerarquía docente de la universidad - y comenzar así mi carrera universitaria. De esta etapa, recuerdo las finas y agudas ironías que dedicaba a la vida y obras de Carlos Marx, que provocaban la furia contenida de los pocos estudiantes marxistas que asistían - estábamos en los '70 y la asistencia era entonces obligatoria - a sus clases de filosofía jurídica.
Recuerdo también la vastedad y profundidad de sus conocimientos sobre la Revolución Francesa y sobre las críticas que le dedicaron monárquicos y conservadores. Como leía muy bien francés, manejaba una bibliografía impresionante sobre ese tema, que exponía con fuerza retórica y convicción. En

el año 2001 se publicó en España un libro suyo con el título de *La revolución francesa*, en el que resumió admirablemente su notable conocimiento del tema y argumentó con rigor y persuasión sus ideas contrarrevolucionarias. Cabe aclarar que Rubén escribió muchos libros - más de veinte - todos magníficamente concebidos y expresivos de un fuerte compromiso con el ideario del tradicionalismo católico al que adhirió hasta su muerte.

De todos estos años que disfruté de la amistad intelectual de Rubén Calderón Bouchet, puedo decir con certeza que fue el mejor profesor que escuché jamás, el más atrayente, el más convincente, el más sólido argumentativamente. Me enseñó a no tratar a un autor sin haber leído sus textos, a procurar la elegancia en la expresión, a no citar de más (aunque en esto no tuvo éxito), a escribir con convicción y estilo directo. Pero por sobre todo, enseñaba a no repetir mecánicamente lo que él decía, sino a indagar la verdad acerca de la realidad, con la guía y los instrumentos que él proporcionaba. Del mismo modo, su actitud discipular respecto de Tomás de Aquino no lo eximía de pensar por su cuenta y riesgo y de leer extensivamente otros muchos autores, algunos de ellos antitéticos a su modo de pensar, como Friedrich Nietzsche, de quien había leído la obra completa.

Y para concluir este breve recuerdo de Rubén Calderón Bouchet corresponde ratificar que él fue para mí un genuino *magister*, en el preciso sentido en que lo describe Tomás de Aquino al afirmar que "no se dice que el *docens* traspasa su propia ciencia al discípulo, como si produjera en el discípulo numéricamente la misma ciencia que hay en el maestro. Al contrario, se produce en el discípulo mediante la enseñanza una ciencia semejante a la que existe en el maestro, educida de la potencia al acto". De donde se sigue que la función propia del maestro no es replicar su propio conocimiento en el discípulo, sino ayudar el surgimiento de un saber verdadero y personal acerca de la realidad de las cosas. Esta era la actitud que siempre caracterizó a Calderón: no exigir fidelidades absurdas, sino enseñar el camino de la propia ciencia del discípulo marcándole los senderos que llevan a la verdad.

No siempre estuve de acuerdo con él, especialmente en cuestiones religiosas y de praxis política, pero no creo que haya habido en mi caso, una enseñanza más enriquecedora y configurante que la suya. En especial, me transmitió la importancia y acierto del realismo noético y metafísico, la constitutiva eticidad de la política y del derecho, la necesidad de pensar dentro de alguna tradición de pensamiento y la superioridad de la tradición tomista, así como la influencia directa de las ideas religiosas en el pensamiento filosófico. Todo ello con una

bonhomía y afabilidad notables, signos inequívocos de su alegría interior y de su vivida valoración de la amistad. Por todo esto, no podía dejar de recordarlo con admiración y cariño, especialmente ahora, que sabe presencialmente lo que es la perfecta Amistad.